
MARGO GLANTZ

La suerte es color de rosa

Muchos me alaban. He construido mi suerte, así me dicen. Yo los miro: he pagado con mi sangre esa suerte y prefiero destruirla para mirarte. Ahora puedo hacerlo, pero en sueños.

Y entonces...

—¿Por qué empiezas así? ¿No conoces otros comienzos? Debieras cumplir con los mandamientos.

—No, esos comienzos son los de un sueño vestido de tafeta rosa. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo! Mi vida sigue tu sueño que se repite cada noche con intranquilidad.

—Bien sabes que odio los melodramas. Vuelvo a empezar.

Nada me queda, sólo esa sensación cuando despierto y sigue al pie del muro, vestido delicadamente de tafeta rosa, con las reminiscencias sedosas de la seda.

—Hablas con enigmas y lo que es peor, con pleonasmos.

—Nada es importante, es apenas un sueño. No interrumpas, sigue oyendo y míralo, cerca del muro, vestido de tafeta rosa.

—Un hombre vestido de esa manera es ridículo.

—No, el hombre de mi sueño provoca las angustias. Hasta las angustias pueden alguna vez vestirse de color de rosa y acariciar con la textura de la seda.

—Bueno, si quieres cuéntame tu sueño.

Soñé que lo veía, ya te lo dije, estaba junto al muro, vestido de tafeta rosa. Y ese color de cuento era el color de la angustia. Perdona que repita pero es el mismo sueño repetido durante los últimos quince años. Lo miré y traté de decirle algo. Alrededor mío se oían otras voces. Me di vuelta y vi a los que hablaban. Estaban lejos, vestidos con elegancia refinada. Iban hacia el salón de este castillo. Varios criados pasaban junto a mí sin mirarme, parecían no advertir que a mi lado estaba la figura varonil vestida de color de rosa. De repente grité algo, queriendo llamar la atención aunque fuera de los criados. Ninguno se inmutó. Su mirada se detenía en el muro pero sin sorpresa, parecía que no hubiese nada allí, sólo las piedras que lo forman. Los invitados iban también vestidos de tafeta pero de tonos variados, nunca rosa, y simulaban no oír cuando gritaba. La angustia se hizo inmensa, gigantesca, tanto que empezó a cubrir el muro. La figura vestida de rosa desapareció dejando su color adocenado como una grieta que transformaba mi universo.

—Y ¿los otros sueños?

—Vuelvo a empezarlos, oye mi relato:

Junto al muro había un hombre vestido de tafeta rosa que nunca hablaba de mi suerte. Enfrente, varios criados

vestidos con libreas que atendían a los invitados vestidos de tafeta oscura. Las mujeres llevaban unos trajes de gran elegancia pero con sobriedad exagerada. En un salón entreabierto se veían varias mesas y se oía el sonido de un piano. Era algo así como una sonata de Beethoven, quizá tocada en honor del Conde Waldstein, pero no es el piano ni su sonido lo que cuentan en este sueño. Lo único que veo, lo único que añoro es la figura vestida de tafeta rosa que se apoya contra el muro. Tres gustos y tres sueños me fatigan, son monótonos aunque sedosos, su textura es torpe y repetida.

No me entiendes, esa casa tenía 11 patios repetidos e iguales y en cada uno de ellos había un muro y en cada muro estaba la figura, vestida de tafeta rosa. Cada sueño se repetía 3 veces llenando las paredes de 33 figuras vestidas de color de rosa.

Ahora no son las voces, son los colores los que me engañan.

